

MERLEAU-PONTY sobre SARTRE

"Sentido y sin sentido" es un libro fundamental para comprender el pensamiento de Merleau-Ponty, una de las principales figuras del existencialismo en Francia. Publicado en 1948 aborda una serie de temas contemporáneos: existencialismo, marxismo, la guerra, con la profundidad y la honradez intelectual de este gran pensador. Su edición castellana ha sido ahora presentada por Ediciones Península en su excelente colección Historia-Ciencia-Sociedad. De uno de los ensayos contenidos en el libro, extraemos los siguientes párrafos de Merleau-Ponty sobre Sartre, con quien había fundado en 1945 la famosa revista "Les Temps Modernes".

Para aquellos que conocen a Sartre, su destino literario ofrece, a primera vista, un misterio: no existe hombre menos provocador y, sin embargo, como autor, causa escándalo. Yo le conocí hace veinte años, un día en que la Escuela Normal se desencadenaba contra un camarada mío y contra mí porque habíamos silbado las canciones tradicionales, demasiado groseras según nuestro parecer. Él se deslizó entre nuestros perseguidores y nosotros, y, en la situación heroica y ridícula en que nos habíamos metido, nos arregló una salida sin concesiones y sin perjuicios. En el campo de prisioneros donde ha permanecido un año, este anticristo estableció relaciones cordiales con gran número de sacerdotes y de jesuitas que le consultaban como a hombre sensato sobre ciertos puntos de la teología mariana. Colegas suyos en literatura que no están de acuerdo con sus ideas le abordan a veces con la intención de encolerizarle y le proponen tesis, según creen, completamente contrarias a las suyas. Él reflexiona, balancea la cabeza, se declara de acuerdo y facilita a sus interlocutores cien buenas razones para perseverar en su dirección. Este corruptor de la juventud enseña a los que le consultan sobre algún problema personal que su situación es singular, que nadie puede decidir en su lugar y que tienen que juzgar por sí mismos.

Si el humanismo es la religión del hombre como especie natural o la religión del hombre perfecto, Sartre está hoy más lejos que nunca de él. Nada de lo que hacen los hombres es puro o absolutamente venerable, ni tan sólo y principalmente los «momentos perfectos» que se construyen en la vida y en el arte. Al final de *La Nausée* un aire musical ofrecía por fin alguna cosa indiscutible. Pero no había sido por casualidad que Sartre escogiera *Some of these days* para esta elevación final. De este modo declinaba por adelantado la religión del arte y sus consolaciones. El hombre puede superar su contingencia en aquello que crea, pero toda expresión, por las mismas razones que el Gran Arte, es un acto de nacimiento del hombre. El milagro ocurre en todas partes y a ras de tierra, no en el cielo privilegiado de las bellas artes. El principio del orden y el del desorden son un sólo principio, la contingencia de las cosas y nuestra libertad que la domina están hechas del mismo paño. Cuando Sartre, ahora, se llama humanista, no es que haya cambiado de opinión, ya que lo que él respeta en el hombre es esta imperfección fundamental por la cual el hombre es capaz y es el único capaz de hacerse a sí mismo. La fuerza salvaje de *La Nausée* radica en esto. Simplemente, Sartre

se ha dado cuenta de que, en el momento mismo que los juzgaba duramente, realmente le importaban. «Qué quieres —decía un día frente a la estación de Luxemburgo atestada—, estos tipos me interesan.» Se ha dado cuenta de que cualquier tentativa de vivir al margen era hipócrita, porque todos estamos misteriosamente emparentados; deseamos que los demás nos vean, que se conviertan en una dimensión inalienable de nuestras vidas, que se conviertan en nosotros mismos. Los lazos de sangre o de especie no significarían nada: cada uno de nosotros es genérico en lo tocante a aquello que le es más propio, ya que su libertad requiere el reconocimiento de los demás y necesita de ellos para llegar a ser lo que es. La amenaza de la guerra y la experiencia de la ocupación han mostrado el valor positivo que se escondía bajo los sarcasmos de *La Nausée*. Sartre decía, hace quince años, que la política era impensable (como en general los demás, es decir, una conciencia vista desde el exterior). Después ha descubierto que es necesario pensarla, puesto que la vivimos, y que algo válido debe tener ya que con ella hemos experimentado un mal absoluto. Se trata de hacer circular en las relaciones de los hombres, y de cambiarla en historia, esta libertad radical que es la negación de la humanidad como especie dada y la llamada a una humanidad que se va creando.

Es dudoso que la moral de Sartre, cuando la publique, desarme a la crítica. Aunque fundara a su manera una objetividad de los valores, aunque admitiera que nos vienen dados por nuestra situación al mismo tiempo que inventados por nosotros, siempre se le reprochará el que los someta a nuestro reconocimiento y a nuestro asentimiento incondicionados, cosa que hacía, sin embargo, en tiempos menos tímidos, un filósofo como Lagneau. «Cuando alguien me habla de libertad —decía hace ya tiempo— es como si me hablara de mí.»



Pero aquellos que le creen dogmático le conocen mal. Incluso cuando se entrega a los trabajos que la suerte le propone, lo hace con una sonrisa. Uno puede desear que esta libertad se realice en imágenes literarias más sólidas, pero no puede decir nada mejor acerca de ella, es efectivamente la sal de la tierra. No existe apariencia alguna que perezosos y secuaces renuncien a tener. Es bueno que exista, de cuando en cuando, un hombre libre.